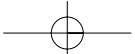
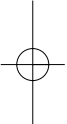
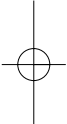


Roderick Gordon y Brian Williams

Deeper



Argentina - Chile - Colombia - España
Estados Unidos - México - Uruguay - Venezuela



EN LAS PROFUNDIDADES



—Vamos, chaval, contéstame sin pérdida de tiempo: ¿quién y qué eres?

Will decidió que más le valía obedecer a aquel hombre y responder su pregunta.

—Nací en la Colonia pero mi madre me sacó de allí —contestó—. Me llevó a la Superficie.

—¿Cuándo llegaste a la Superficie?

—Cuando tenía dos años, ella...

—Basta —le interrumpió el hombre alzando la mano—. No te he pedido que me cuentes la historia de tu vida. Pero esto tiene buena pinta. Y te convierte en una... en una rareza. —Clavó los ojos en la oscuridad que se extendía detrás de los chicos—. Creo que deberíamos llevarlos de vuelta. Ya decidiremos más tarde qué hacer con ellos, ¿no te parece, Elliott?

Otra persona, de más corta estatura que el hombre, y no más alta que Will, se hizo visible de repente al dar un paso adelante con el sigilo de un gato. Incluso con aquella luz tan tenue pudieron distinguir las curvas del cuerpo de una chica bajo la chaqueta y los pantalones holgados, una ropa parecida a la que llevaba Drake. Se cubría la cabeza con un amplio pañuelo color caqui, una *shemagh*, que le tapaba toda la cara salvo los ojos, que no miraron ni un instante a los chicos.

DEEPER

Iba armada con una especie de rifle; lo blandió y se apoyó en él después de clavar en el suelo la culata. Parecía pesado. El rechoncho soporte de la mira del grueso cañón tenía un brillo apagado como si el metal no estuviera pulido. El arma era casi tan grande como ella y era manifiestamente desproporcionada para una chica de cuerpo tan ligero.

Los dos chicos contuvieron el aliento esperando que hablara. Pero tras un par de segundos, ella se limitó a asentir con la cabeza y volvió a echarse el rifle a la espalda como si no pesara más que una caña de bambú.

—Vamos —les ordenó Drake.

No volvió a vendarles los ojos pero les dejó las manos atadas. El hombre se movía con rapidez y seguridad aunque caminaban casi en la total oscuridad, pues sólo contaban con la débil luz de su lamparilla de minero para iluminar el camino.

Siguieron a la fornida figura que los conducía por un paisaje monótono. A pesar de la falta de señales, Drake parecía conocer con certeza el camino que había que seguir. Después de avanzar muchas horas por aquel terreno desértico, llegaron a la boca de un túnel de lava que se encontraba en el borde de la Llanura Grande. Se adentraron con cierta prisa en el pasaje. Era como si Drake fuera capaz de ver en la oscuridad, pensó Will.

Dentro del túnel podían distinguir el contorno borroso de la cabeza de Drake, que les precedía, pero las veces que Will y Chester miraban hacia atrás para ver dónde estaba Elliott, no la veían, ni tampoco la oían. Will supuso que debió de haber tomado otro camino, o se había quedado rezagada por el motivo que fuera.

Los tres, Drake, Will y Chester, giraron a la izquierda en una bifurcación y no tardaron en llegar a lo que parecía un callejón sin salida.

Roderick Gordon y Brian Williams

El hombre les ordenó detenerse. Orientó hacia arriba el foco de la lamparilla de minero, que llevaba ceñida a la frente, y se volvió hacia ellos, de espaldas a la pared, mientras Will y Chester miraban a su alrededor sintiéndose muy incómodos. No veían razón para detenerse, a menos que, como comprendieron después de un rato, se tratara de un callejón sin salida en el peor de los sentidos posibles: el lugar en el que estaban destinados a morir. Chester contuvo la respiración cuando Drake, de repente, se acercó a él y extrajo su cuchillo de la funda.

—Voy a desataros las manos —les anunció el hombre antes de que tuvieran tiempo de imaginar otra cosa mucho peor—. Alzadlas —añadió haciendo un ademán con el cuchillo, y a continuación, cuando ellos levantaron las muñecas, cortó con destreza y de un solo tajo las ataduras.

—¿Tenéis algo en esas mochilas que se pueda estropear con el agua? ¿Comida, o cualquier cosa que sea importante mantener seca?

Will meditó un instante.

—¡Vamos, contestad! —les urgió Drake.

—Sí: mis cuadernos, mi cámara de fotos, provisiones, y... y algunos cohetes —respondió Will—. Eso en la mía. —Entonces dirigió la mirada a la mochila de su hermano, que llevaba Chester a la espalda—. Y en la de Cal hay comida y poco más.

Antes de que terminara de hablar, Drake les lanzó a los pies dos paquetitos plegados.

—Con esto podéis protegerlo todo.

Cada chaval cogió un paquetito y lo abrió. Eran bolsas hechas de un material ligero y recubierto de cera, y que se cerraban con cordones en el extremo donde estaba la abertura.

Will se quitó la mochila y metió rápidamente en la bolsa las cosas que no quería que se mojaran. Tiró de los cor-

DEEPER

dones y se volvió a mirar a Chester, que no conocía bien el contenido de su mochila y por eso tardaba más.

—Venga, aprisa —gruñó Drake en voz baja.

—Déjame —se ofreció Will, apartando a Chester con el hombro y terminando su trabajo en unos segundos.

—Bueno —bramó Drake—. ¿Ya está todo?

Asintieron con la cabeza.

Habían estado tan afanados en su tarea, que ninguno de ellos pensó para qué lo hacían. Y a ninguno se le había pasado por la cabeza proteger la ropa que llevaban de repuesto.

—Un pequeño consejo: os sugiero que al menos conservéis un par de calcetines secos la próxima vez.

—Sí, señor —respondió Will. Se sintió muy aliviado al oír las palabras «la próxima vez» y el consejo casi paternal que les daba aquel perfecto extraño.

—Mira, nadie me llama señor —le soltó Drake de inmediato y con brusquedad, haciendo que Will volviera a sentirse incómodo. El chico no había querido molestar: había respondido sin pensar, como si se dirigiera a un profesor del colegio.

—Perdone, ss... —alcanzó a balbucear Will, pero logró cortar justo a tiempo. Vio un instante el gesto de desprecio en los labios de Drake antes de que éste volviera a hablar.

—Vais a atravesar esto buceando. —Tentó con la puntera del zapato la superficie a sus pies. En lo que los chicos habían creído que era terreno sólido, se formaron unas pequeñas ondas que se extendieron lentamente bajo una espesa capa de polvo: era una poza de unos dos metros de diámetro.

—¿Buceando? —preguntó Chester tragando saliva.

—¿Supongo que serás capaz de contener la respiración durante treinta segundos?

—Ssí, ssí —tartamudeó Chester.

Roderick Gordon y Brian Williams

—Bien. Esto es un pequeño sumidero que va a dar a otro túnel. Forma una U.

—¿Como el sifón del váter? —sugirió Chester con la voz quebrada por el miedo.

—¡Qué bonita comparación, Chester! —comentó Will haciendo una mueca.

Drake les puso mala cara y les señaló con un gesto de la mano el agua sucia:

—¡Adentro!

Will se echó la mochila a la espalda y se acercó a la poza sujetando contra el pecho la bolsa impermeable. Se metió sin pensarlo dos veces, hundiéndose más a cada paso en la tibia agua. A continuación, llenándose de aire los pulmones, hundió la cabeza bajo la superficie y desapareció.

Notando en la cara la caricia de las burbujas, se impulsó utilizando la mano que le quedaba libre. Mantuvo los ojos fuertemente cerrados. El sonido del agua le atronaba en los oídos. Aunque el túnel no era muy ancho, tal vez de un metro en su mayor estrechamiento, no era difícil pasar por él, ni siquiera con la mochila y la bolsa impermeable.

Pero pese a que le parecía que avanzaba, no llegaba a ningún lado. Abrió los ojos en la impenetrable oscuridad, lo que hizo que el corazón le latiera aún más aprisa. El agua en que estaba sumergido era espesa como la miel y resultaba difícil de atravesar. Estaba viviendo su peor pesadilla.

«¿No será un engaño? ¿Debería volver?»

Trató de no perder los nervios, pero con la falta de aire su cuerpo dio señales de rebelión. Notó que el pánico se apoderaba de él y empezó a retorcerse, agarrándose a cualquier cosa que le ayudara a avanzar más rápido. Tenía que salir de aquella especie de tinta en que estaba su-

DEEPER

mergido. Se movió con una desesperación enloquecida, impulsándose en el agua negra en una carrera a cámara lenta.

Por un breve instante, se preguntó si no sería aquel el procedimiento que había elegido Drake para matarlos. Pero en ese mismo instante comprendió que éste no tenía motivo para tomarse tantas molestias: si su intención era acabar con ellos, habría sido mucho más fácil rebanarles la garganta en la Llanura Grande.

Aunque probablemente no duró más de medio minuto, a Will le pareció que aquella inmersión se prolongaba durante siglos enteros hasta que por fin salió del agua, salpicándolo todo.

Respirando agitadamente, buscó a tientas la linterna que llevaba y la encendió, pero no descubrió gran cosa sobre el lugar en que se encontraba, salvo que las paredes y el suelo brillaban cuando les daba la luz. Supuso que sería por la humedad. Reconfortado por el aire que entraba en sus pulmones, aguardó la llegada de Chester.

Al otro lado del sumidero, de mala gana, Chester se colocó la mochila en los hombros y se acercó indeciso a la poza, arrastrando la bolsa impermeable.

—¿A qué esperas, chaval? —le preguntó Drake con voz tajante.

Chester se mordió un labio, demorándose a la orilla del agua, que continuaba moviéndose por efecto de la inmersión de Will. Se volvió para mirar tímidamente el único ojo de Drake, que lo observaba a su vez con severidad.

—Eh... —empezó a decir, preguntándose cómo podría apañárselas para que Drake entrara primero—. No puedo...

Drake le sujetó el brazo, pero sin apretar demasiado.

—Escucha: no te deseo ningún mal. Tienes que confiar en mí. —Levantó la barbilla, apartando la vista del

Roderick Gordon y Brian Williams

aterrorizado muchacho—. Sé que no es fácil depositar toda tu confianza en un perfecto extraño, especialmente después de todo por lo que has pasado. Tienes motivos para desconfiar... Sí, eso está bien. Pero yo no soy un styx y no te voy a hacer daño. ¿Vale?

Chester lo miró directamente a la cara, y por el motivo que fuera tuvo la certeza de que era sincero. Repentinamente, Chester no tuvo reparo en depositar toda su confianza en el hombre.

—Muy bien —aceptó, y sin más vacilaciones se zambulló en las oscuras aguas. Y al avanzar utilizando el mismo método, a medio camino entre nadar y correr, que había empleado Will, no permitió que ninguna duda le nublara la mente.

Al otro lado, Will estaba preparado para ayudar a Chester a salir del sumidero.

—¿Estás bien? —le preguntó—. Has tardado tanto que temí que te hubieras quedado atrapado o que te hubiera pasado algo.

—No, no he tenido ningún problema —respondió Chester con la respiración agitada y secándose la cara.

—¡Esta es nuestra oportunidad! —dijo Will, intentando descubrir qué había delante, en la oscuridad, y después volviendo a mirar la poza. No había rastro de Drake, pero tampoco tardaría mucho en llegar—. Tenemos que salir por piernas.

—No, Will —rehusó Chester de manera tajante.

—¿Cómo que no? —preguntó Will, que ya se había dado la vuelta y tiraba de su amigo.

—No voy a ningún lado. Con él estamos seguros —contestó Chester. Se afianzó para resistirse al impulso de Will, que comprendió enseguida la firmeza de su decisión.

—Demasiado tarde —comentó Will con furia al ver

DEEPER

brillar una lucecita en el fondo del agua. Era el foco de la lamparilla de minero que Drake llevaba ceñida a la frente. Will le dirigió a Chester un gruñido justo cuando la cabeza y los hombros emergieron del agua y el hombre se elevó como una aparición, sin salpicar apenas.

Como su lamparilla proyectaba una luz mucho más intensa que las de los chicos, Will descubrió entonces que el brillo del suelo y las paredes del túnel, que había supuesto que se debería a la humedad, se debía en realidad a algo muy distinto. Las paredes y el suelo estaban surcados por una gran cantidad de vetas doradas, como una enorme telaraña de incalculable valor. Las vetas brillaban con mil diminutos puntitos de luz, convirtiendo el espacio en que se encontraban en un calidoscopio de tonos amarillos y cálidos.

—¡Qué pasada! —exclamó Chester.

—¡Oro! —murmuró Will sin podérselo creer. Al bajar la vista vio que sus brazos estaban moteados de puntos brillantes, y después se dio cuenta de que Chester y el hombre estaban también cubiertos de los mismos brillos. Los tres tenían una buena cantidad de esos puntitos luminosos en la ropa y en la piel, que sin duda se les había pegado del polvo brillante que flotaba en la superficie del agua.

—Me temo que no —dijo Drake, que se había puesto en pie delante de ellos. Sólo es lo que llaman «el oro de los tontos»: pirita de hierro.

—Por supuesto —confirmó Will, recordando el fragmento brillante de forma cúbica que le había llevado a casa su padre en cierta ocasión para su colección de minerales—. Pirita de hierro —repitió, algo avergonzado por su equivocación.

—Puedo enseñaros sitios donde hay oro de verdad, donde podréis coger todo el que queráis —explicó Drake

Roderick Gordon y Brian Williams

contemplando las paredes—. Pero ¿de qué sirve si no hay dónde gastarlo? —Su voz volvió a adoptar un tono frío cuando señaló las mochilas y les ordenó—: Coged las cosas, tenemos que seguir.

En cuanto estuvieron listos, se volvió y reemprendió la marcha, con su aire apremiante, recorriendo con zancadas largas y seguras aquel túnel exquisitamente dorado.

Marcharon a buen paso por un confuso laberinto de pasajes rocosos, y transcurrió bastante tiempo hasta que llegaron a una pendiente que conducía a un pasaje abovedado. Una vez en el pasaje, Drake buscó algo a tientas y tiró de una cuerda con nudos que pendía de lo alto.

—¡Arriba! —indicó ofreciéndoles la cuerda.

Will y Chester treparon los aproximadamente diez metros que había hasta llegar arriba y aguardaron allí, jadeando por el esfuerzo. Drake los siguió: trepar le costaba tan poco como a una persona normal le costaría abrir una puerta. Se encontraban en una especie de atrio octogonal, en el que se veían aberturas que daban a otros espacios levemente iluminados. El suelo era plano y estaba sucio, y cuando Will dio unos pasos, tuvo la sensación, por la reverberación del sonido, de que las salas adyacentes eran de considerable tamaño.

—Este será nuestro hogar por un tiempo —dijo Drake desabrochándose el grueso cinturón. Se quitó la chaqueta y se la echó al hombro. A continuación se llevó la mano a la cara y se quitó el artilugio que le cubría el ojo.. Entonces vieron que su otro ojo era completamente normal.

Al tenerlo delante de ellos, se dieron cuenta de lo musculosos que eran sus brazos desnudos, y lo excepcionalmente delgado que era. Tenía pómulos muy prominentes, y la cara era tan escuálida que los músculos resultaban casi visibles a través de la piel. Y cada pulgada de esa epidermis, que tenía la suciedad incrustada y era del color

DEEPER

del cuero curtido, se hallaba cuajada por una telaraña de cicatrices. Algunas eran grandes, como rayas de color blanco, otras eran pequeñas y parecían pálidos filamentos que le recorrían el cuello y los lados de la cara.

Pero sus ojos, escondidos bajo las prominentes cejas, eran de un azul intenso y tenían una ferocidad tan sobrecogedora que ni Will ni Chester fueron capaces de aguantarle la mirada. Era como si lo profundo de sus ojos mostrara un atisbo de algún lugar aterrador, un lugar del que ninguno de los chicos quería saber nada.

—Bien, id para allá.

Arrastrando los pies, empezaron a caminar hacia la sala que les indicaba Drake.

—¡Pero dejad aquí las mochilas! —les ordenó y, sin dejar de mirar a los chicos, preguntó—: ¿Todo bien, Elliott?

Will y Chester no pudieron evitar dirigir la mirada hacia la dirección en la que Drake había hablado. Del extremo superior de la cuerda colgaba la pequeña chica, inmóvil. Estaba claro que no debía de haber ido muy por detrás de ellos, pero hasta aquel momento ninguno de los dos había notado su presencia.

—Los atarás, ¿no? —preguntó con voz fría, de pocos amigos.

—No será necesario, ¿verdad, Chester? —dijo Drake.

—No. —El chico respondió tan presto, que Will lo miró con desconcierto apenas disimulado.

—¿Y a ti qué...?

—Eh... no —murmuró Will con menos entusiasmo.

Una vez en la penumbra de la sala, se sentaron sin decirse nada sobre unos catres rudimentarios que encontraron allí. Eran los únicos muebles que contenía la habitación, con las dimensiones justas para que se pudieran echar en-

Roderick Gordon y Brian Williams

cima los chicos. Los catres eran muy estrechos, y su superficie era dura. Más bien: parecían un par de tablas cubiertas con mantas.

Mientras aguardaban, sin saber qué ocurriría después, la habitación reverberaba con sonidos procedentes del pasillo. Llegaban murmullos amortiguados de la conversación entre Drake y Elliott. A continuación oyeron cómo volcaban por el suelo el contenido de sus mochilas. Finalmente, percibieron el sonido de pasos que se alejaban, y luego nada.

Will se sacó del bolsillo una esfera de luz y, distraídamente, jugó con ella haciéndola deslizarse sobre la manga de la chaqueta. Como ésta ya estaba seca el desplazamiento de la esfera hizo caer al suelo algunos granos de brillante piritita de hierro, que se esparcieron como una lluvia de chispas.

—Es como si viniera de una puñetera discoteca —murmuró, y a continuación, sin dejar de jugar con la esfera, se dirigió a su amigo—: ¿Y tú a qué juegas, Chester?

—¿Qué quieres decir?

—Parece que te has hecho amigo de esos dos, por el motivo que sea. ¿Por qué confías en ellos? —le preguntó Will—. ¿Es que no entiendes que se van a zampar toda nuestra comida, y después nos dejarán en la estacada? De hecho, lo más probable es que nos maten. Son de ese tipo de ladrones.

—Yo no lo creo —contestó Chester molesto, frunciendo el ceño.

—Bien, ¿y qué es lo que han estado haciendo ahí, si no? —Will señaló el pasillo con un movimiento del pulgar.

—Supongo que son rebeldes que están en guerra con los styx —dijo Chester a la defensiva—. Ya sabes, luchadores por la libertad.

DEEPER

—Ah, sí, vale.

—Podrían serlo —sostuvo Chester, pero enseguida pareció menos seguro—. ¿Por qué no se lo preguntas, Will?

—¿Y por qué no se lo preguntas tú? —le respondió Will.



